
Réquiem por el toletero de Bejucal

20/12/2017



Desafiando cualquier arquetipo del pelotero ideal, el toletero de Bejucal desforraba pelotas como si fueran naranjas y fue para mí el mejor designado natural en la historia de la pelota cubana. Otros, como Kindelán, habrán asumido ese turno, pero de manera circunstancial, como mismo Romelio cubrió el jardín izquierdo alguna que otra vez.

En apenas 13 Series Nacionales (recordemos que fue otra de las víctimas del “retiro colectivo anticipado”) conectó 370 jonrones, cuarto en el listado histórico, junto al primero que quebró la barrera de los 300, Antonio Muñoz.

Pero El gordito lo hizo con la mejor frecuencia a la hora de sacar la bola de los límites de un terreno (un bambinazo cada 12,84 veces oficiales), y también exhibe el mejor Factor Poder (que mide las bases alcanzadas por los bateadores producto de sus conexiones) con 2,01.

Esas estadísticas hablan por sí solas, pero además, Romelio también se encuentra entre los primeros del béisbol cubano en promedio de bases por bolas recibidas, claro indicador del respeto que inspiraba.

El sobredimensionado average le jugó malas pasadas más de una vez y le afectó el sluggin, y fue dejado fuera de las preselecciones cubanas. Incluso cuando integró el equipo Cuba, ya a fuerza de toletazo limpio, le quisieron rebajar kilos.

No obstante, los números no pueden recoger por sí solos la grandeza de un jugador que además fue ejemplo dentro y fuera del terreno, incluso luego de pasar al retiro, y cuyos batazos se perdían en el horizonte. Recuerdo una vez en el estadio Nelson Fernández cuando uno de sus estacazos se perdió por encima de las cercas, y luego se comentó que cayó sobre una mesa donde se jugaba dominó, a decenas de metros de la cerca del estadio.

Por eso en mi equipo ideal de las Series Nacionales no puede faltar el toletero de Bejucal.
